

DR. LUIS CASTELAZO AYALA**

HA VENIDO ABRIÉNDOSE paso en nuestro medio, cada vez con mayor energía y facilidad de penetración, el concepto de "educación continua" para cada una de las ramas de actividad a las que puede consagrarse el hombre adulto. En la atmósfera de nuestros medios intelectuales —profesionales, científicos, de cultura superior—, pero también, y quizá más que en ellos, a nivel de quienes desarrollan labores técnicas o administrativas y hasta entre quienes viven de un simple oficio, se percibe la necesidad de mantener para toda la vida un óptimo rendimiento en el desempeño de las propias tareas, mediante una renovación permanente de los conocimientos que la humanidad va produciendo en su incesante camino de progreso. Cada vez se concibe menos la ancestral actitud, generalizada hasta hace poco tiempo y particularmente lamentable en ambientes profesionales por suponerse en ellos una particular capacidad creadora, de aspirar a un nivel determinado en el conocimiento y en la preparación pensando que una vez alcanzado servirá para resolver todos los problemas de la actuación futura, como si fuera una fórmula mágica de vigen-

* Conferencia sustentada durante la celebración del Cincuentenario de la Escuela Médico Militar, el 16 de marzo de 1967.

** Jefe de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, UNAM.

LA ENSEÑANZA DE LAS ESPECIALIDADES MEDICAS *

cia permanente, como si en ese nivel la humanidad hubiera detenido caprichosamente su marcha, como si la explotación de lo alcanzado bastara para acallar las inquietudes de saber más para hacer mejor lo que en todos los campos se hace todos los días, como si el cerebro humano —el de todos los hombres— embotara su actividad creadora sin motivo ninguno y solo vegetara para recrearse en lo hasta entonces producido.

Nos parecería absurdo en nuestros días el que a un profesionista sin dinamismo intelectual, con conocimientos adquiridos hace veinte o treinta años y no renovados desde entonces, se le hiciera cargo de tareas delicadas. Un abogado que ignorara la jurisprudencia internacional emanada de la segunda guerra mundial no sería el más apto para resolver conflictos de patentes, de colindancias, de derechos que se plantearan entre ciudadanos o países en esos campos. Nadie buscaría a un médico que en esta época prescindiera para su práctica, por desconocimiento científico, de los antibióticos en el tratamiento de las enfermedades infecciosas, de los corticoesteroides en el control de las enfermedades de la colágena, de los bloqueadores adrenérgicos y las tiazidas en el manejo de la hipertensión arterial, del empleo de los isótopos radioactivos en el diagnóstico y tratamiento

de numerosas enfermedades, de los modernos beneficios de la medicina preventiva en el campo de la parasitología, la obstetricia, la inmunología, etc., que tanto han contribuido al abatimiento de la mortalidad. Un ingeniero agrónomo que pasara por alto los inmensos progresos en materia de cultivos, fertilizantes, sistemas de riego, electrificación, maquinaria agrícola; un contador que prescindiera de las actuales modalidades de funcionamiento bancario, formas de crédito, financiamiento, etc.; un químico industrial que no conociera los procesos enzimáticos para la obtención económica de artículos de gran consumo o los materiales sintéticos que han revolucionado aspectos importantes de la industria; todos ellos serían ahora considerados justificadamente como absurdos sociales y apenas encontrarían quienes les encomendaran tareas de ínfimo orden dentro de su actividad profesional. Y lo mismo pasaría con el banquero, el industrial, el técnico subprofesional de cualquier rama, el administrador de instituciones o empresas y hasta con el obrero y el campesino, si no se mantienen alertas a la evolución de su esfera y no suben al carro del progreso.

No cuesta trabajo, ciertamente, caer en la cuenta de la importancia del concepto de "educación continua" para la humanidad. Magistralmente definida por Chávez en reciente y memorable documento* como "el esfuerzo constante y sostenido de todo el que trabaja, cualquiera que sea su campo, científico o técnico, intelectual o manual y cualquiera que sea su nivel, universitario o elemental, para no contentarse con lo que sabe, y que lo lleva a realizar estudios para mejorar siempre sus conocimientos, aprovechar los nuevos avances en su ramo y hacer mejor todos los días lo que hace a diario. También para mejorarse él mismo, en su cultura, en su actitud, en lo que no es forzosamente una actividad pragmática" sorprende, no obstante la simplicidad del concepto, el tiempo que ha debido transcurrir para que la humanidad lo perciba, lo acoja como beneficioso y lo aplique en la práctica. Apenas si alcanzamos a explicarnos esa tardanza atribuyéndola más bien a factores de evolución que a falta de penetración y de talento en las generaciones de los primeros diecinueve siglos de nuestra era y en las de los anteriores a ella. En efecto, la concepción de cultivo individualista permanente que venía flotando de modo indefinido y amorfo y de la que algo alcanzaba a percibirse en las manifestaciones de las etapas álgidas de

las distintas culturas —asiática, griega, romana, renacentista, de la revolución francesa, para no citar más que algunas de las que se tienen constancias— alcanzó sus primeras expresiones concretas de tipo colectivo hace apenas seis o siete decenios y hasta hace cuatro o cinco fue incorporada como principio a los programas de promoción sobre grandes masas.

Los Estados Unidos de Norteamérica y la URSS, asienta Chávez en el documento aludido, partiendo de bases socio-económicas diferentes y hasta opuestas, han sido los países pioneros en la materia y han coincidido asombrosamente en la importancia que le dan a la educación continua como elemento de progreso. Se estima que en ambos países la recibe aproximadamente una tercera parte de la población laborante y en el primero de ellos la proporción subirá al cincuenta por ciento hacia 1970. Sólo en la clase obrera de Norteamérica, la menos favorecida en cualquier forma, existen catorce millones de adultos sometidos a ella y pasan de diez mil los establecimientos que en alguna manera colaboran a impartirla en el ramo de la agricultura. En el resto del mundo el panorama no es tan halagüeño, pues apenas una vigésima parte de los países ha tenido oportunidad de considerarla y de entre ellos muy pocos la han impulsado en forma que tenga alguna significación. El nuestro no está entre ellos, desgraciadamente.

Los motivos de este retraso general se explican al considerar que si bien el concepto abstracto de educación continua es fácilmente aplicable a individuos aislados, su generalización es indisoluble de movimientos colectivos de grandes dimensiones, y los valores y recursos con los que ha contado la humanidad en su desarrollo sólo le han permitido hasta recientemente la integración de colectividades con sólidas bases de doctrina unionista y con proyección inteligente y organizada, en grande escala, hacia el adelanto y la conquista en todas las ramas de la productividad humana.

Además, la educación continua exige, por una parte, la incorporación en cada persona de valores humanos de orden cultural, filosófico y ético, al margen de lo propiamente técnico o científico, pues esto razonablemente no bastaría para producir en ella un desarrollo equilibrado y estable dada la naturaleza integral del ser humano; por la otra, exige también en cada persona una convicción sincera y profunda de querer ser mejor cada vez, una constancia perdurable en ese sentimiento, una energía interior —que no puede ser sustituida por nada externo— de luchar denodadamente por lograr la oportunidad de elevarse y saberla utilizar cuando se ha logrado. Ambos elementos —mejoría en la calidad humana integral del individuo e impulso vital de cada uno

* Chávez, Ignacio. Un Nuevo Problema del Médico de Hoy: el Sostenimiento de su Educación Frente al Ritmo Acelerado de la Medicina. X Jornada Médica Nacional de la Academia Nacional de Medicina, Guadalajara, 23 de Febrero de 1967.—Gaceta Médica de México. En prensa.

hacia la superación— sólo es posible obtenerlos en conglomerados numerosos merced a un laborioso proceso, en ocasiones desesperadamente lento, de divulgación intencionada, de estímulos, de convencimiento ejemplificado.

En la complejidad de la trama que va produciendo el desarrollo de la humanidad, la educación continua ha de ocupar su elevado lugar asentándose en factores que representan un cierto nivel de progreso, para poder dar apoyo a otros de jerarquía superior. Así se explica el que la falta de los recursos económicos que requiere constituya otra causa del retraso en su implantación universal. Sólo a través de una absoluta comprensión del Estado y de las fuerzas de elevada productividad económica hacia su significado como factor de progreso y sólo a través de una coordinación de elementos intencionalmente dirigidos hacia su implantación y fomento —universidades, institutos, organizaciones científicas, técnicas y culturales, corporaciones descentralizadas, organismos creados *ad hoc*, etc.— es posible concebir que este tipo de educación encuentre el camino que le corresponde. Y eso suponiendo que el país dispusiera de recursos que la comprensión del Gobierno y la cooperación de las fuerzas vivas pudieran aportar, lo cual en numerosos casos está muy lejos de ocurrir. Ambos elementos —comprensión y medios— distan de ser objetivos de fácil obtención para nuestras colectividades.

Se mira a la educación continua, con harta frecuencia, como una corriente novedosa de contenido utópico, como una nueva escuela que pretende crear superestructuras de carácter docente con base en principios distintos a los que hasta ahora se han conocido, como una ilusión irrealizable, pero que de todos modos hay que hablar de ella porque el hacerlo dá prestigio, aunque sea en las charlas “intelectuales” de café. No. La educación continua es una vigorosa realidad que impone al hombre el conocimiento de su propia ignorancia, que le hace ver su impotencia para detener el avance de conocimientos y su insignificancia para alcanzar aislado lo que es fácil obtener de conjuntos organizados; es la generalización de una actividad que antes era exclusiva de algunos cerebros excepcionalmente inquietos o visionarios, la sistematización de algo que los pocos que lo anhelaban iban desarrollándolo a la medida de su propio criterio, con un programa que ellos mismos trazaban y con logros realmente distintivos para el individuo, pero magros para la colectividad; es el establecimiento de una gigantesca escuela en donde todo lo que existe en el universo —espiritual y físico— es materia de estudio permanente y en donde los adultos mantienen su información al día mediante sistemas

pedagógicos que resultan tan necesarios para la humanidad como lo fue en su tiempo el establecimiento de las escuelas elementales, como lo sigue siendo la extensión de la enseñanza primaria a todos los integrantes de una comunidad; es, al fin, la realización integral del ser humano en su más elevada concepción, pues a la mejoría permanente en su instrucción de carácter pragmático, auna el adelanto en su conformación moral, en su cultura, en toda la gama de expresiones espirituales que lo singularizan en la naturaleza, y le sustenta —al tiempo que le marca las adecuadas vías de desahogo para ellas— sus inquietudes por vivir adaptado al mundo que habita, en el momento en que lo habita.

En México, hemos dicho, desgraciadamente el concepto ha penetrado poco al área de lo realizable. La gran mayoría de nuestra población profesional lo ignora o no lo cultiva y prácticamente la totalidad de la población restante no recibe sino indicios tenues de su existencia. No precisa aquí encontrar los motivos y sólo nos basta destacar que el problema es de capital trascendencia para nuestro país, que es urgente programar su resolución en breve plazo so pena de ver incrementado el rezago en los ejercitantes de todas las ramas de actividad humana hasta grados irrecuperables pues cada día que transcurre aumenta ese rezago mucho más de lo que avanza nuestra educación, que la responsabilidad general de su promoción gravita sobre los sectores mejor preparados que son los que por hoy lo comprenden, y que los elementos que en su instauración intervienen —instituciones de educación, ciencia y cultura, Gobierno, sectores económicamente poderosos, etc.— han de asociar sus fuerzas y aprestarse con apremio a la lucha, para bien de la Patria.

Cabe también destacar que en esa cortísima escala en la que en nuestro país se ha establecido la educación continua, han ocupado un primerísimo lugar los médicos, líderes genuinos de este tipo de empresas. Diganlo si no los eventos de divulgación que desde hace cuatro o cinco decenios iniciaron su aparición —Jornadas, Cursos, Cursillos, Seminarios, Conferencias, Discusiones Coordinadas, Sesiones Anatómo-Clínicas, etc.—, que ahora inundan las actividades de Academias, Sociedades Científicas múltiples, Hospitales, Escuelas y Facultades de Medicina, grupos médicos diversos y que llevan a lugares próximos o distantes el bagaje de ciencia y humanismo de los mejores hombres, promoviendo un intercambio positivo. Esta misma celebración de la que ahora disfrutamos con motivo del Cincuentenario de la Escuela Médico Militar, es un ejemplo claro de estos asertos. Casi no hay institución o grupo médico que no se ufane de organizar periódicamente alguna de las mo-

dalidades anotadas. Los viajes de profesores o médicos alumnos por toda la República son muy frecuentes en ésta época, traduciendo en su bullir activo la inquietud de aprender, dando o recibiendo lecciones. Y todo ello lo han venido haciendo los médicos sin contar con recursos económicos, siempre a título de colaboración gratuita...

Quiere esto decir que nadie como el médico siente la urgencia, la grave responsabilidad de mantenerse al día, porque comprende bien que lo que aprendió en la Facultad o Escuela durante su carrera sólo fueron las bases, las generalidades, las orientaciones en que debía sustentar su estudio posterior para llegar a conocer la medicina, la disciplina para facilitar y aprovechar mejor la experiencia y el estudio mismo. Comprende también que la medicina es una ciencia, aún en sus aspectos humanísticos, en la que domina —amplia, abrumadoramente— lo que se ignora sobre lo que se sabe, que los conocimientos están siendo objeto de una renovación incesante a la que los adelantos de los últimos años han convertido en avasalladora y que debe atender a su conciencia cuando lo llama al estudio pues de no hacerlo pronto quedaría a la zaga, con mentalidad científica retrasada y sentimientos de inhibición y de ignorancia, resentido contra sí mismo y contra todos y sin que su talento natural pueda salvarlo de eso, pues el talento no sustituye a los conocimientos y a la técnica en las ramas científicas. Comprende, por último, que la razón fundamental de su deber en la carrera que sostiene con el progreso para no quedar atrás de lo que éste descubre, es la propia finalidad esencial de su profesión, es el enfermo, al que tiene el ineludible deber de ofrecer lo mejor.

A más de toda esa actividad educativa que en forma privada, casi anónima, realiza el medio médico internamente, sin dinero, sin más crédito que los beneficios a nuestros colegas y a su través a nuestros semejantes, pero que no obstante ha sido intensa, brillante, fructífera, de auténtica avanzada, se han agregado recientemente, desde hace algunos años, las actividades de organismos consagrados a la educación superior de los médicos, los cuales dependen de las facultades de medicina. Actuando a través de presupuestos muy modestos, diríamos raquíticos, si se atiende a las necesidades del medio, aunque representan un esfuerzo grande si se contemplan los recursos generales de la educación superior en el país; estos organismos promueven, organizan, reglamentan e imparten cursos de muy diferente nivel cuyas características procuran adaptarse a las circunstancias ambientales. Desde el curso breve de actualización para médicos generales hasta cursos de grado académico (maestría y doctorado), pasando por cursos para pre-

paración de especialistas, cursos monográficos, etc. La División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina de la UNAM, por ejemplo, está desarrollando en el presente año setenta cursos para especialización, diecinueve para grado académico y tiene programados sesenta y siete cursos breves monográficos o de divulgación.

Ahora entramos de lleno en el punto de las especialidades médicas. Las consideraciones precedentes acerca de la educación continua resultaban indispensables para conocer el medio donde ubicar el tema, y su meditación hará sencilla la exposición de los aspectos fundamentales de éste. Siendo la del especialista una preparación ulterior a la obtención del título de médico cirujano ¿cómo ignorar la filosofía general del ambiente, los obstáculos, las circunstancias favorables y adversas a la educación de los graduados antes de abordar la de un sector de estos?, ¿cómo entender los problemas de créditos sin conocer que en nuestro medio las corporaciones y los hombres más autorizados tienen un reconocimiento discutido y son a veces instrumentos o juguetes de intereses políticos o político-sociales de todas las dimensiones imaginables?, ¿cómo, si no se va de lo general a lo particular, ha de medirse el esfuerzo que representa esto último?

Nacieron las especialidades en medicina, como en otras profesiones y actividades, del incremento en los descubrimientos de la ciencia, y de la técnica, como un proceso de evolución natural. El hombre conoció y trabajó el todo hasta que su capacidad y su esfuerzo resultaron insuficientes y entonces buscó refugio en una de las partes, lo que le permitió ahondar con toda profundidad en ella, reduciendo su área de estudio y haciendo más provechoso su dominio, tanto para el ejercicio asistencial, cuanto para la docencia y la investigación. Destacan desde ese principio dos notas de nivel superior en el especialista: una, la de que fue su anhelo saber y de saber bien, lo que lo condujo a la especialidad, después de haber adquirido un conocimiento general del todo; la otra está constituida porque su decisión conlleva el reconocimiento expreso de que la Medicina que entonces aparece requiere del trabajo conjunto de varios expertos que dominan cada uno de sus diferentes sectores, pero que tienen todos una base de conocimiento general que es lo que da unidad y hace congruente el trabajo en común. De esta suerte fueron surgiendo una serie de ramificaciones que han ido segmentando al organismo humano en territorios cuya propiedad se disputan los diferentes especialistas, sin que en algunos casos puedan establecerse claramente las colindancias.

Surgiría de inmediato un primer interrogante: ¿Hasta dónde es razonable y científicamente lícito

hacer llegar esa segmentación?, ¿con qué criterio podemos aceptar que exista un límite y cuál es el mecanismo para precisarlo?, ¿qué referencias sirven para legitimarlo, la anatomía, la fisiología, la nosología, la clínica, la terapéutica, o qué combinaciones de esas u otras referencias?. Sin pretender dogmatizar en conceptos que aún son discutidos ni ahondar en puntos de vista diferenciales que pretenden justificarse de una manera o de otra al externar definiciones, nos parece inobjetable distinguir entre ramas de orden primario, llamadas convencionalmente ramas básicas (anatomía, histología, patología, bioquímica, fisiología, genética, inmunología, etc.), y ramas en las que predominan los aspectos clínicos (gastroenterología, neumología, cardiología, infectología, parasitología, neurología, ginecología y obstetricia, ortopedia, oftalmología, etc.), médico-sociales (medicina preventiva, higiene, medicina del trabajo, medicina legal, etc.) o de medicina humanística (historia de la medicina, filosofía, etc.). Aceptando que en todos los casos debe existir una preparación satisfactoria en medicina general, la delimitación en el caso de las materias básicas la da la similitud y unidad de conocimientos que cada especialidad abarca, la existencia de un substratum común a todos los fenómenos de la materia, la uniformidad en los procesos y en la instrumentación que requiere su estudio y las relaciones similares de cada componente de estudio con órganos, tejidos, funciones y demás aspectos de la constitución o de la vida del organismo humano. Tratándose de las materias de orden clínico, se pide que una especialidad para serlo, tenga un substratum anatómico, fisiopatológico, nosológico y clínico, que le dé individualidad a la materia que abarca y la distinga con claridad de otras; pueden aceptarse por ejemplo como especialidades la Gastroenterología y la Endocrinología, pero no la "Esofagología", la "Yeyunología", la "Adrenología" o la "Timología". Para el caso de las demás materias, constituiría la especialidad todo lo que, siendo de orden médico, contribuyera al objetivo de la rama, dentro de una unidad razonable; es Medicina Preventiva por ejemplo aplicar una vacunación, pero no construir un puente de cemento armado en lugar de madera para evitar que se rompa al paso de una persona y ésta se ahogue al caer en el río.

No puede negarse que este esquema, verdaderamente sencillo, admite algunos puntos de discusión. Podría agregarse por ejemplo, como requisito a toda especialidad, que los objetivos de su estudio tuvieran un campo de actuación amplio en la realidad, que permitiera no sólo el ejercicio práctico de la misma a un número suficiente de médicos según el medio sino también la enseñanza y la investigación científica en amplia escala; es el caso de la Venereología, que

desapareció como especialidad porque se acabaron los pacientes con enfermedades venéreas. No podría tampoco, en el extremo opuesto, basarse la delimitación de una especialidad en que los casos de su actuación fueran muy frecuentes; existe la Otorrinolaringología, pero no la "Amigdalología", así como existe la Ginecología y Obstetricia, pero no la "Eutocia". Un punto de interés en este breve análisis lo constituyen las especialidades "Médicas" y "Quirúrgicas". Si bien la cirugía no es más que una rama de la Medicina Clínica y casi siempre más concretamente de la Terapéutica, su dominio y ejercicio, así como sus instalaciones asistenciales y su enseñanza, requieren de una preparación muy especializada y de gran trascendencia práctica. El problema se ahonda al considerar que, a favor de particularidades anatomotopográficas de gran influencia en cirugía, un médico es razonablemente más diestro en operar órganos que pertenecen a dos o tres aparatos o sistemas distintos, pero que están colocados en la misma región, que segmentos distantes de un solo aparato; es el caso del cirujano de tórax que aborda corazón, grandes vasos, pulmón, pleura, etc., y no maneja con la misma habilidad la cirugía venosa o arterial del abdomen o de los miembros.

De cualquier forma, no podríamos pasar adelante sin señalar los peligros de la superespecialización. El más grande de ellos consiste en que el médico pierda el enfoque general por atender y concentrarse en el detalle. Cualquier especialista debe conservar una visión médica y técnica del conjunto, y una área de actuación que conserve su elevada jerarquía de científico superior y de ser humano distinguido y que le permita enseñar e investigar. El riesgo del Otorrinolaringólogo es que se concrete a operar amigdalectomías, como el del Gineco-Obstetra a atender partos normales y el del Gastroenterólogo a operar hemorroides. Otro riesgo del superespecialista es que se salga de las realidades académicas y quede convertido en un hombre de oficio, como aquel de Carrel que sólo hacía apendicectomías y todo el día pasaba en ello y a quien el mismo autor comparaba con el obrero que reproducía cientos de veces cada día un movimiento rotatorio de un tercio de círculo con ambos brazos para atornillar unas tuercas que le pasaban enfrente montadas sobre una banda giratoria, a razón de dieciocho movimientos por minuto. En ambas situaciones —evidentemente— no se trata de hombres de ciencia.

El médico especialista es, pues, aquel que habiendo terminado una preparación y práctica aceptables en medicina general (mínimo uno o tres años de internado rotatorio como postgraduado o algo sensiblemente equivalente) se adentra en el estudio de una

de las ramas antes mencionadas y conduce su preparación teórico-práctica y académica durante un tiempo determinado (mínimo dos años, según la especialidad) a manera de que, cuando el lapso termine, esté capacitado para resolver con muy buena eficiencia todos los problemas prácticos de la especialidad, y tenga un conocimiento doctrinario y un adiestramiento académico que realmente acrediten su dominio sobre la materia en cuestión. Su preparación debe extenderse al conocimiento grueso de las ramas básicas de la especialidad en las especialidades clínicas y a sus equivalentes en las demás. El especialista no recibe grado académico, pues éste exige preparación muy profunda en aspectos de enseñanza e investigación, pero razonablemente es el mejor candidato, cuando sus demás aptitudes lo demuestran, al curso para grado.

“Al especialista —decíamos alguna vez— lo afectan otras responsabilidades aún mayores. El camino que ha debido recorrer para obtener esa calidad, las cualidades personales que tiene por el hecho de constituir el producto de una selección casi siempre natural y el trabajo que realiza para mantener el prestigio que ha alcanzado por sus méritos propios, lo revisten de autoridad y representación más elevados. Hombre de ciencia, es un destacado y profundo conocedor del campo que ha abarcado y lo domina en su ejercicio técnico; es un estudioso que investiga, enseña y usa de su experiencia con relevancia singular. Mas no basta. Requiere de atributos indispensables en el campo del conocimiento y la cultura porque sólo ellos deparan la universalidad de pensamiento que califica al intelectual superior. Harta razón tiene René Dubos al señalar que: . . . “las humanidades por mucho tiempo contempladas por los hombres de ciencia como algo más que un simple ornamento de la vida. . . (han de) considerarse esenciales para el éxito de la civilización tecnológica hacia el bienestar humano. . .”. El médico que realmente entiende sus funciones ha de gustar del arte, recrearse en la literatura, penetrar a la filosofía. . . conocer la historia general, tener una base de sociología que le permita captar con criterio universal el valor de los movimientos sociales en su contenido y en la trascendencia de sus realizaciones, internarse en la ideología que conduce los movimientos políticos, saber de organización y metodología institucionales. . . , etc. Sólo de esta suerte su preparación le permitirá un punto de vista superior, propiamente selecto, de las realidades ambientales, en lugar de la miope visión del que no vé más allá de sus instrumentos y raciocinios técnicos. Esta alta calidad le permitirá. . . captar como nadie el aspecto humanístico del ejercicio de la medicina, siendo para cada enfermo un verdadero médico y para cada médico un maestro. . . Deberá ser por último, un hombre

de virtud, bondadoso y humilde, como es todo aquel que sale de la pasión científica y abreva en las fuentes de la cultura y en las profundidades del hombre mismo”.

Precisados hasta donde es posible los conceptos sobre especialidad y especialista, hemos de referirnos al momento en el que a un individuo que ingresa a la Facultad de Medicina, cursa su carrera con éxito y egresa con propósitos de superación y perfeccionamiento, debe enseñársele una especialidad. Aunque nunca será lo suficiente, cuando menos en nuestro medio, se ha insistido con énfasis en que la enseñanza en el ciclo de estudios profesionales debe cubrir el objetivo de preparar médicos que en el aspecto técnico puedan ejercer la medicina general con razonable decoro, que tengan los conocimientos básicos para enfrentar airoosamente los problemas gruesos de todo el organismo humano, que sepan resolver las situaciones más delicadas a base de referir u orientar al enfermo y sus familiares o a base de observación y estudio personales, que sepan cómo y dónde instruirse sobre los diferentes problemas, elaborar su propio saber, que sepan estudiar y consultar libros y revistas y que tengan amor, si se puede pasión, por la medicina como ciencia y como ejercicio pues de otro modo su actividad fracasará o se desenvolverá con la tara de la animadversión, que esté decidido a ser un estudioso permanente. Según esto, ¿quiere decir que las especialidades no deben impartirse durante la carrera?. Hemos sostenido insistentemente la tesis de que se impartan materias cortas de especialidades, pero como optativas, para que el alumno escoja una o dos entre diez o doce en cada ciclo semestral de enseñanza. El objeto no es, por supuesto, que se adentre en esas especialidades para saberlas; más bien consideramos formativo el procedimiento, para orientar y clarificar inclinaciones vocacionales titubeantes y para que el alumno sepa que existen esas especialidades y tome el suficiente contacto con algunas para integrar un panorama más completo en su concepto de la medicina.

Evidentemente el momento ideal para estudiar la especialidad es, ya lo dijimos, cuando el médico ha trabajado un poco (uno o dos años por lo menos) en un medio en que enfrenta la medicina general, preferentemente hospitalario, en donde haya podido sentir el peso de la responsabilidad profesional y también las delicias y sinsabores de su ejercicio. Esto es aconsejable, aún en materias básicas. El alumno, preferentemente, no debe ser de edad ya avanzada, pues si es joven, su propia juventud —ávida, ambiciosa, valiente, desprendida— le permitirá un enfoque mejor sobre los conceptos que adquirió en la carrera y en su corto ejercicio posterior.

Mucho del éxito que se logre con cada aspirante

depende entonces de los atributos personales del individuo. Vale de paso mencionar que una de las características fundamentales de la enseñanza al alumno graduado es el contacto personal, el tutelaje en todo, la presión directa maestro-alumno y alumno-maestro. Sólo a través del conocimiento del alumno podrá el profesor establecer una atinada selección de candidatos. La honestidad, la generosidad, la conducta sana, la pasión por el estudio, y el amor a la humanidad y a la medicina serán factores de inestimable valor, sobre todo si se adicionan al talento y a la buena preparación previa. En todo caso la selección ni es injusta ni es antidemocrática: se dispone de muy pocos recursos en enseñanza superior para desperdiciarlos por no escoger a los más aptos.

Llegamos al punto de precisar en qué instituciones habrá de realizarse la preparación del especialista y a quien corresponde otorgar el crédito y con qué requisitos. En nuestro medio las sociedades científicas carecen desafortunadamente de la estructura necesaria para responder con estabilidad y solvencia a la necesidad de impartir créditos y diplomas que tengan algún reconocimiento legal o siquiera popular. Algunos intentos se han llevado al extremo de otorgar diplomas, sólo para observar poco después que el procedimiento es inoperante. Por ello nos ha parecido particularmente feliz el reciente establecimiento de cursos para especialización, dependientes de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, mismos que en realidad constituyen una serie de requisitos que el alumno debe cubrir para aspirar, generalmente no antes de tres años de haberlos iniciado, a un examen final para obtener el diploma. Creemos pues, que en nuestro medio, son las Universidades los organismos adecuados para otorgar estos créditos y las instituciones sede serán la afiliadas que satisfagan requisitos que la propia División exige. Los estrictos controles de profesorado y alumnos y la severidad en la observancia de principios docentes de nivel superior, son los valores que en todo caso habrán de respaldar con el nombre de la Universidad, la calidad jerárquica oficial del especialista. Todavía muchos años, mientras no se modifique y ejerza plenamente nuestra Ley de Profesiones, habrá nuestro pobre México de padecer el enjambre de "especialis-

tas" de membrete, de esos miles que por sí solos se adjudican especialidades graciosamente y sólo con finalidades de lucro. Pero abrigamos la esperanza de que las generaciones del futuro contemplen un panorama general en donde ya estén corregidas las omisiones que hoy sufrimos.

Estamos al final del rápido bosquejo del tema. Al referirnos alguna vez a esas generaciones nuevas en su nivel de especialistas distinguidos decíamos: "Llegan con el bagaje de méritos logrados en la lucha por significarse como profesionistas de ideales superiores: saber más, enseñar a otros la ciencia y la experiencia, inquirir en su rama sobre elementos que la mente del hombre desconoce, etc. Han cubierto una etapa más en el recorrido ascendente de su vida pública... Deben saber, si son hombres de actualidad y de talento, que cada etapa que se cubre y cada pedanao que se asciende amerita más la consideración de lo que falta para alcanzar la verdadera altura, que el juicio —fatalmente contaminado de vanidad insana— sobre lo que se ha logrado; que el ser especialista distinguido no es un premio que se otorga, que la selección de que es triunfante objeto lo distingue, sí, pero sólo para trabajar más... y servir mejor... Deben saber que los lauros dan gloria sólo a la medida de los merecimientos positivos, que la jerarquía natural otorga responsabilidades muy superiores a medida que asciende y que los valores se demuestran con hechos... (a esas generaciones la sociedad las acoge) con los brazos y el corazón abierto a sus virtudes, con la fe y la esperanza de todos puestas en sus capacidades y en sus bríos y con la convicción más absoluta de su respuesta digna. Que estén siempre a la altura de su misión, que sean caudillos del bien y la cultura, que sorprendan por su creatividad y espíritu científico a las generaciones que los antecelieron y orienten con su ejemplo a las que vienen atrás, que inunden sus conciencias con el deber de servir a la comunidad y la convicción de que "la lealtad en el servicio médico comienza por mantener la capacidad de prestarlo", que huyan del displicente conformismo y luchan vigorosos contra injustos obstáculos que se opongan a la divulgación de la ciencia y la cultura; que sean, en suma, grandes y fieles exponentes de su misión al servicio de México."